

SECCION LETRAS

PRIMAVERA

Comenzaba a reir la primavera
Cuando, por vez primera,
Casi niños los dos nos conocimos;
Y llegaron las horas venturosas,
Que, abiertas con las rosas,
Crecieron a la par con los racimos.

Radiaba de su cándida belleza
Aquel fulgor que empieza
A derramar el sol en la alborada,
Que, al sonrosar la juventud naciente,
Es rubor en la frente
Y rayo de pasión en la mirada.

Yo la dije mi amor el primer día
(Que entonces no sabía
Ahogar el corazón dentro del pecho),
Vagando por las selvas arboladas
Y frescas enramadas
Donde se eleva su paterno techo.

Ella oyó mis palabras indecisa,
Mas su dulce sonrisa
Trocó de pronto en gravedad severa,
Y tomando un camino sombreado,

Se alejó de mi lado
Desdeñosa, es verdad, pero hechicera.

¡Oh, qué interno y cruel remordimiento
Nubló mi pensamiento!
Juré, inocente, mi futura enmienda;
Y, huido de mi culpa en el abismo,
Huyendo de mí mismo,
Tomé del bosque por contraria senda.

¡Desengaños de amor! ¡de las pasiones,
Amargas decepciones!
¡Cómo desmaya el corazón herido!
¡Cómo en torno parece que se siente
Un sollozo doliente
Que se estrella perenne en el oído!

¡Ah! ¿por qué fui con ella tan osado?
Decía despechado.
¿Por qué no supe respetar la calma
De su inocente juventud dormida,
Y al lago de esa vida
Como una piedra desplomé mi alma?

Y vagaba, vagaba a la ventura,
Como en la selva oscura,
Ave extranjera demandando abrigo,
Cuando al doblar la senda tortuosa,
¡Casualidad dichosa!
Yo me encontré con ella, ella conmigo.

Sentí vergüenza, irritación, desprecio
De mi arrebato necio;
Y si postrado no caí de hinojos
Y hasta sus plantas no llegué sumiso,

Fué porque ella no quiso
Llamarme, cual solía, con los ojos.

No: sin mirarme atravesó el camino,
Y de un rosal vecino,
Una flor escogió, fresca y lozana,
Una rosa encendida, que no era
Sólo copia hechicera,
Sino también de su mejilla hermana.

Pero cuando al ponerla en su cabello,
Su rosado destello
Se derramó sobre sien de armiño,
Ciego, loco, tal vez, aunque no absuelto,
Me adelanté resuelto
A ofenderla otra vez con mi cariño!

Al sentirme llegar, alzó la frente,
Y casi indiferente,
Como el que al bien una venganza inmola,
Me dijo, el bello rostro sonreído:
“¿Creerás?... No te he sentido;
Por qué te apartas y me dejas sola?”

No supe constatarla. Aquel acento...
Mi corazón, sediento
De las visiones que creó soñando...
El reciente dolor... La ofensa impía...
¡Ay! toda el alma mía
Estalló en su presencia sollozando.

Y ella también, su juvenil cabeza,
Más bella en la tristeza,
Sobre mi pecho abandonó llorosa;
Y en aquel arrebató delirante,

Quedó por un instante
Bajo mis labios la encendida rosa.

“Tómala, es toda tuya”, me decía,
 Cuando en suave alegría
Nuestro primer dolor se hubo trocado;
Y desde entonces, dichas me parecen
 Enojos que florecen
No bien con dulce llanto se han regado.

RAFAEL OBLIGADO